

Sobre la violencia juvenil

Los hijos del desamparo

Patty Fuentes Gimón*

Verónica Zubillaga lleva doce años estudiando el fenómeno de la violencia. Investigadora de la Universidad Simón Bolívar, aquí opina desde su propia experiencia en los barrios

Dice que los jóvenes son los grandes olvidados de las políticas públicas. Verónica Zubillaga recolecta vivencias y le ha visto la cara al temor que se vive en los barrios: “Hay diferentes formas de temer en virtud del espacio donde se habita”. Dice que hace diez años ya había temor en los barrios por una bala o por *estar mal parado*, como dicen. Pero era un miedo más difuso.

Hoy, no sólo en los barrios; en las urbanizaciones cerradas, con el auge de los secuestros, obviamente la gente tiene mucho más miedo.

Lo que a Zubillaga le resulta evidente es que los niños y jóvenes crecen en las comunidades bajo la experiencia del desamparo. Desde que son pequeños, viven los enfrentamientos armados de los más grandes. Cuando comienzan su adolescencia, varios de ellos son acosados por otros varones mayores. No tienen a quién recurrir. No hay policía ni autoridad. Para ellos, la salida más rápida a esta situación es conseguir un arma para defenderse, cosa que resulta muy fácil. Una vez que la consiguen, ese hecho marca un hito en sus trayectorias. Se unen a bandas

y van generando enemistades. Crean retos para demostrar quién es el que manda, quién es el que se hace respetar. Hacerse respetar significa evitar las agresiones de los otros. Una de las escasísimas maneras para defenderse es ser más violento que los demás.

Zubillaga explica que los agentes policiales no defienden a la gente: “Más bien algunos participan en crímenes”. En cuanto al ámbito de la escuela, opina que la educación es una falsa promesa para ellos porque saben que luego no van a conseguir empleo o un salario digno. Que no van a entrar a la Universidad. “Se sienten desesperanzados con la educación. Se resisten a vivir de manera miserable. Se resisten a tener una vida como la de sus padres”.

LA IDEA DE ZUBILLAGA

La socióloga de la USB piensa en una manera de atenuar esta realidad. En primer lugar, el Estado debería iniciar la transformación de las condiciones de funcionamiento de la policía para que sea cercana al ciudadano, lo proteja y haga cumplir la ley; tiene que darse un proceso de desarme en las comunidades; hay que fortalecer a la escuela pública, mejorar las condiciones de los maestros para que los niños y jóvenes tengan acceso a una educación de calidad; además, hay que desarrollar, de la mano de organizaciones, empresas y fundaciones de la sociedad civil, programas de empleo juvenil.

Otras ideas: la gente debe hacer alianzas para exigir al Estado una policía y un sistema de justicia decentes. Las personas, dentro de las comunidades conflictivas, deben actuar unidos en bloque para responder de inmediato frente a los disparos. Hay que dirigirse a los muchachos para establecer treguas y acuerdos de convivencia. Los padres de estos jóvenes deben tener la capacidad de acercarse y lograr negociar con ellos.

Hay dos experiencias al respecto: una en Cautuche (La Pastora), donde las madres de jóvenes en conflicto realizaron una *cayapa*. A raíz de la muerte de un joven se reunieron y formaron comisiones de convivencia. La otra experiencia es en San Agustín: las mamás se aglutinaron y conformaron una organización llamada “La calle es de los niños”. Convencieron a los muchachos de que en violencia no se podía vivir. Eso fue hace ocho años. La violencia ha disminuido de manera apreciable. Los muchachos, con apoyo de la alcaldía respectiva, se han dedicado con entusiasmo a la música y al deporte.

*Periodista de la Agencia Red de Acción Social.